

que se proponia en estampas, en las cuales se representaba á Jesucristo cargado de grandes costales de pecados; y mientras que se quemaban y destruian las obras maestras de la escultura y de la pintura católicas, que elevaban el espíritu y lo conducian á la piedad, se sustituian á esta llamada *idolatría* groseras, deformes é indecentes imágenes de paganos, turcos, sultanas, bajás, bailes y pinturas lascivas.

Tal era el comentario del nuevo Evangelio, cuyo texto se veia por todas partes mezclando con estas representaciones profanas*, como lo atestigua Wizel, autor contemporáneo del *Catecismo eclesiástico* publicado en Leipzig el año de 1535.

§ IV

Terminantes confesiones de los jefes y fautores de la Reforma relativas á estos efectos.

Despues de lo expuesto, solo nos resta aducir algunos testimonios que confirmen mas y mas los frutos que de semejante doctrina ha

* *Del Protestant. e di tutte le eresie*, t II, p. 222.

recogido el pueblo reformado por el Protestantismo, contentándonos con citar los mas notables de los muchos que aduce Dœllinger en el *Desarrollo interior de la Reforma*, tomados de los textos originales y de los manuscritos de las bibliotecas protestantes, registrados con gran diligencia por él mismo.

Entre otros escritores, Egran, amigo de Lutero, exclamaba lleno de horror: «¡Ved los resultados que ha producido la Reforma! Ahí está la historia para enseñarnos que en los ocho siglos que lleva Alemania de ser cristiana, no se ha visto en ella una perversidad comparable á la que, por confesion de todos, reina en nuestros dias*.»

«¡Quereis, decia Belzio, otro de los contemporáneos adictos á la Reforma en reconocimiento del divorcio que se le habia concedido, quereis ver reunida en un mismo lugar toda una poblacion de salvajes é impíos, entre los cuales está, por decirlo así, en toda su plenitud el género de iniquidades? Pues id á cualquiera de nuestras ciudades luteranas, en que se encuentran nuestros mas famosos predicadores, y donde se anuncia el santo

* Luther., cap. 1, G. 3, d.

«Evangelio con mas celo: ahí la encontra-
«reis.... Los mas groseros pecados han
«inundado á toda la sociedad, y como un in-
«menso diluvio se elevan hasta las nubes (1)».

«Una barbárie ciclópea, añade Guy Die-
«trich, crece por todas partes: *Crescit cyclo-*
«*pica feritas ubique* (2).»

Uno de los mas ardientes partidarios de
Lutero, Andrés Músculo, escribía igualmen-
te: «Nosotros somos nuestros profetas, los
«profetas de nuestras propias desgracias: to-
«dos nos lamentamos de que la malicia y la
«corrupcion han llegado á su último límite, y
«reconocemos que el sol no puede iluminar
«ni la tierra soportar semejante estado de
«cosas. Yo uno mi voz á este lamento gene-
«ral, y, como todos, estoy persuadido de que
«el infierno no tiene mas vicios que añadir á
«los que han invadido el mundo: así es, que
«el tiempo en que vivimos es el mas corrom-
«pido y peligroso de cuantos han existido y
«puedan existir (3).»

Cinco años despues (1561), y creciendo

(1) Belzius. *Von Saumer*, tomo VI, d. 8.

(2) *Enarr. psalmi secundi, autore Luthero*. Praef., a. 4.

(3) A. Muskulus. *Von Gotteslatera*, cap. II, pág. 2.

siempre las olas de la inmoralidad, confirma
el mismo Músculo sus aserciones, y declara
que habia de ser aun mas corrompida la ge-
neracion que se educaba. «Hemos llegado,
«decia, á tal punto, que no hay uno entre
«nosotros que no confiese que, desde que el
«mundo es mundo, jamás ha estado tan cor-
«rompida la juventud, y que no es posible
«que pueda corromperse mas.... Si el mun-
«do ha de durar algun tiempo, y si nuestros
«hijos, anegados ya en el vicio y en la cor-
«rupcion, han de tener descendientes que les
«superen en vicios y en malicia, se habrán
«transformado necesariamente los hombres en
«demonios; porque no comprendo que pue-
«dan conservar el carácter humano siendo
«peores que nosotros *.»

Sin embargo, este fervoroso luterano atri-
buye semejante inundacion de inmoralidad,
no á la doctrina, sino al abuso de ella; mas
yo quisiera saber en qué puede consistir el
abuso de una cosa, que lógica y necesaria-
mente conduce al colmo de la corrupcion y
del vicio.

No así, necesariamente, Cristóbal Fischer,

* Muskulus, *Von der Teofets Tyrannius*. *Theol. dial.*

quien al mismo tiempo que prorumpe en lastimosos lamentos á vista de los frutos de la Reforma, truena y ruge contra el Papa por haber conservado la doctrina de la necesidad de las buenas obras para la salvacion.

«No podemos negar, escribia, que la corrupcion ha llegado á su último término, y que toda especie de pecados, de vicios y de torpezas nos han invadido é inundado en cierto modo, cual otro diluvio, hasta tal punto que muchas personas no saben discernir el vicio de la virtud, ni lo honesto de lo malo.»

Para demostrar mejor esta depravacion de las nuevas costumbres, las compara con las de los católicos antiguos, de los cuales hace un elogio el mas cumplido; mas por esto mismo se enfurece y brama contra Roma, que enseña *«que tenemos un deber de satisfacer por nuestros pecados *»*.

Lo mismo puede decirse de otro campeón de la Reforma, Pedro Arbiter, el cual se aferra en la doctrina del Protestantismo, no obstante los pésimos frutos que producía, pa-

* Christoph. Fisch, *Christ. and einfaeltige*, etc., Schmach, 1572.

ra dejar al Catolicismo todas las virtudes, *«las cuales, dice, para nada hay que tener en cuenta»*.

Hé aquí sus palabras: «¿A qué ha de atribuirse el que algunos permanezcan fieles al papismo, y otros vuelvan á él despues de haberlo repudiado, sino á haberles obcecado el espíritu de las tinieblas hasta el punto de que, tanto entre nosotros como entre ellos, reputan como cosa de poca importancia lo que debe tener el primer lugar, y atribuyen, por el contrario, grande interés á lo que en realidad no lo tiene? Porque ¿que es todo el bien del mundo, la perfeccion, la sabiduría, la autoridad, el orden, la concordia, y cualquiera otra de las virtudes que admiramos en los papistas, cuando la doctrina es mala y cuando en orden á la salvacion la doctrina es la única cosa indispensable *?»

Se necesitaba del fanatismo de un sectario para sacar semejante conclusion. Reconocer, por una parte, el colmo de la corrupcion proveniente de una doctrina; reconocer, por otra, los frutos excelentes de la doctrina contraria,

* Arbiter, *Die Christi*, etc., Mecklenburgo, v. 2, 3.

cuales son *la perfeccion, la sabiduria, el orden, la concordia, la autoridad y el conjunto de las mas admirables virtudes*, y, sin embargo, ¡condenar esta para adherirse á aquella como la mejor!

Pongamos fin á estas citas lastimosas con la autoridad de Jacobo Andrés, el cual, tanto por sus muchos viajes como por sus funciones de inspector, pudo hacer en el trascurso de muchos años numerosas observaciones, que consignó en el año de 1567 en un escrito, en el cual enseña que «á proporcion que se predicaba la nueva doctrina, se iban alejando las antiguas virtudes é introduciéndose en el mundo una gran multitud de vicios nuevos*».

Semejante efecto no lo atribuye á la doctrina, sino al demonio; y por cierto que habría acertado atribuyéndolo á ambos.

Pero lo que mas admira es, que consistiendo todo el antagonismo entre el Catolicismo y el Protestantismo en la corrupcion autorizada y practicada por éste, vivian los protestantes con el mayor desenfreno para dar

* Jakob Andreae, *Erianevang*, etc., Tubingen, 1563, página 140,5.

mayor realce á este distintivo de la Reforma. Así lo asegura el autor últimamente citado: «Para que todo el mundo sepa, dice, que no son papistas, y que no ponen su confianza en las buenas obras, nuestros luteranos tienen cuidado de no hacer ninguna. Así es que, en lugar de ayunar, beben y comen á todas horas; en lugar de socorrer á los pobres, procuran despojarles de lo poco que tienen; en vez de orar, blasfeman y reniegan de Jesucristo, cual no se atreverian á hacerlo los mismos turcos; y, finalmente, en vez de la humildad cristiana, tienen en sus corazones el orgullo y el amor á lo falso. Tales son las costumbres de nuestros evangélicos*».

Si alguno desease nuevos testimonios en confirmacion de esta triste fecundidad del Protestantismo, no encontrará mas dificultad que para elegir entre los innumerables que pudieran aducirse. Mas no creo necesario alegar nuevas autoridades, pues las citadas bastan para persuadir á los mas obstinados, y el que las desee puede consultar á Nicolás y Doellinger en el tomo III de la obra citada.

* Ibid.